



# Antón Costas

## El final del desconcierto

Un nuevo contrato social para que España funcione

Antón Costas  
**El final del desconcierto**

Un nuevo contrato social para que España funcione

*ediciones península*

© Antón Costas Comesaña, 2017

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.  
Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2017

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

PAPYRO • fotocomposición  
CPI BARCELONA • impresión  
DEPÓSITO LEGAL • B. 16.787 - 2017  
ISBN • 978-84-9942-443-9

## ÍNDICE

Introducción	13
Por qué he escrito este libro	13
El contrato social	17
Desconcierto con la visión oficial de la crisis	23
Una recuperación sin progreso social	28
Para que España funcione	29
Un nuevo contrato social para el progreso	32
El plan de libro	32

### PARTE I

#### ESPAÑA, UN PAÍS SIN CONTRATO SOCIAL

Fijando la escena	37
Lo que la crisis dejó al descubierto	40
Exclusión financiera de los pobres	44
La ansiedad con la desigualdad futura	48
Economía digital, vidas precarias	52
La desigualdad disuelve el pegamento social	55
El cosmopolitismo que arruinó la socialdemocracia	57
Renuncia de las élites a liderar la modernización	61
El síndrome de Berlín de las élites españolas	62
No todo fue una fiesta	65

## EL FINAL DEL DESCONCIERTO

La austeridad dinamitó el contrato social	67
Reformismo oportunista	71
Corrupción de los sentimientos morales	76
Viraje de la tolerancia a la desigualdad	79
El populismo	82
Raíz populista del independentismo	85
La cuestión catalana	90
Malestar con el Estado de las Autonomías	93
España, un país sin contrato social	96

## PARTE II

### PARA QUE ESPAÑA FUNCIONE: CINCO RETOS

#### I. ESTABILIDAD MACROECONÓMICA:

##### UNA ECONOMÍA MENOS MANÍACO-DEPRESIVA

Fijando la escena	101
La enfermedad inflacionista	105
La opción por la «disciplina externa»	107
Un ancla fallida de estabilización	111
El euro como una camisa de fuerza	115
Una crisis económica autoinfligida	120
Costes ocultos de la disciplina externa	122
La agenda europea de la estabilidad	124
La agenda española de la estabilidad	127
Una economía menos bipolar	132

#### 2. EFICIENCIA: EL VALOR SOCIAL DE LA COMPETENCIA

Fijando la escena	135
La tijera de la pobreza	138
El valor social de la competencia	141
El daño que causan los monopolios	143
Exceso de capitalismo concesional	146
Geografías del poder económico	150

## ÍNDICE

La ecuación de la corrupción	152
Ineficiencias de la falta de dimensión	155
Una mirada diferente del mercado de trabajo	157
Mejorar el Estado de bienestar desde la eficiencia	159
Problemas de transición de las reformas	168
Democratizar la economía	170
3. CRECIMIENTO: LAS FUENTES OLVIDADAS	
DE LA PRODUCTIVIDAD	173
Fijando la escena	173
Una estrategia híbrida de crecimiento	177
La leyenda negra de la modernización	183
Los <i>animal spirits</i> empresariales	185
¿Cuándo y por qué se estropeó la productividad?	187
Pérdida de interés político en la industria	191
El mito de la educación	193
Recuperar el prestigio de la formación profesional	197
En busca del conocimiento útil	201
Menos carreteras, más infraestructuras digitales	203
Liliputismo empresarial	206
Los servicios: las manufacturas del siglo XXI	210
La política industrial, un estado de la mente	212
Los factores olvidados del crecimiento	215
4. DISTRIBUCIÓN: MEJOR REDISTRIBUIR QUE ENDEUDARSE	217
Fijando la escena	217
Los hogares pobres, más pobres	221
La recuperación deja atrás a los jóvenes	224
La desigualdad asesina al capitalismo y a la democracia	227
La cara oculta del familiarismo	229
Mejor redistribuir que endeudarse	232
Malestar con el Estado de bienestar	238
La renta básica de ciudadanía	241

## EL FINAL DEL DESCONCIERTO

5. DEMOCRACIA: UN MEJOR REPARTO DE RESPONSABILIDADES	247
Fijando la escena	247
Principios de democracia	252
Los gobiernos de coalición mejoran la democracia	261
Por qué la democracia no reduce la desigualdad	265
Intereses particulares y cortoplacismo	267
Las puertas giratorias	269
Gobierno que gobierne, Parlamento que controle	273
La paradoja de la corrupción española	275
El mercado de la corrupción	278
Manual de instrucciones de uso del Estado autonómico	283
El apetito catalán por el autogobierno	289
Democratizar la democracia española	299

## PARTE III

### HACIA UN NUEVO CONTRATO SOCIAL PARA EL PROGRESO

Fijando la escena	303
La sociedad de la incertidumbre	308
Oferta política de contratos sociales	313
El nuevo contrato liberal-socialdemócrata	318
Hablarle a la sociedad, no solo al poder	319
Recelo de la izquierda ante el mercado	321
Civilizar el capitalismo digital	323
El Estado social en el siglo XXI	326
La dimensión europea del contrato social	330
La idea del progreso	333
Una esperanza razonable	337
Referencias bibliográficas consultadas y utilizadas	341

### FIJANDO LA ESCENA

¿Cuáles son las causas de las revueltas sociales y de las convulsiones políticas que está experimentando la sociedad española? La idea que sostengo en este capítulo es que la causa inmediata de este estado de cosas fue un cambio brusco en la tolerancia social a la desigualdad que tuvo lugar en España a partir del 15 de mayo de 2011.

La importancia que atribuyo a la desigualdad no es solo, y diría que ni fundamentalmente, por sus efectos negativos sobre la estabilidad macroeconómica, la eficiencia y el crecimiento. Es por su dimensión normativa. Es decir, por los efectos sobre la percepción que tienen las personas acerca de lo que es una sociedad justa en cuanto a la distribución de la renta y la riqueza, a la igualdad de acceso a bienes básicos como la sanidad y la educación y a la igualdad de oportunidades. Entendida de esta forma, la desigualdad corroe intensamente a las sociedades desde dentro. Acaba con la confianza y la cooperación que todo grupo social —ya sea una empresa, una institución pública o



privada o la sociedad en su conjunto— necesita para funcionar de forma armoniosa.

El 15-M, las plazas de toda España fueron ocupadas por miles de ciudadanos movidos por la rabia de estar viviendo en una sociedad injusta, el sentimiento de estar desatendidos por parte del Gobierno e indignados por la forma en cómo se estaba gestionando la crisis económica. Exigían un cambio en la política económica y más y mejor democracia. El movimiento de los indignados del 15-M fue una revuelta popular en toda regla.

El detonador de ese viraje de la tolerancia a la desigualdad fue la política de austeridad y reformas sociales que se comenzó a aplicar a mediados de 2010. La austeridad actuó como un poderoso disolvente del contrato social de la Transición en la medida en que los recortes de gastos sociales impactaron sobre dos de los elementos básicos de ese contrato: la igualdad de acceso a la sanidad y a la educación. El hecho adicional de que el recorte de esos gastos fuera equivalente a la cantidad de recursos públicos empleados en el rescate financiero no hizo sino añadir un sentimiento de agravio a la injusticia.

Pero ese detonador actuó sobre una materia inflamable que había ido acumulándose desde mucho antes y que la crisis financiera internacional de 2008 y la gran recesión económica que la siguió dejaron al descubierto. Esa materia explosiva era la desigualdad en la distribución de la renta que había comenzado a aumentar en los años noventa, cuando los salarios reales comenzaron a descender de forma continuada. A esta desigualdad se unió el desempleo masivo provocado por la recesión, el aumento de la pobreza y la

pérdida de oportunidades para los más jóvenes. Para colmar el vaso, después vinieron las reformas laborales y la devaluación salarial, que agravaron la desigualdad y la pobreza. Se creó así un caldo de cultivo que explotó el 15-M de 2011.

Hubo también otros elementos que contribuyeron a la formación de ese clima de malestar social. Uno de ellos fue el proceso de exclusión financiera de los pobres vinculado a los procesos de desahucio de la vivienda, de concentración bancaria y de cierres de oficinas. Otro fue el malestar de grupos sociales que, aun teniendo ingresos y un empleo decente, viven con ansiedad la posibilidad de perderlo en el futuro a raíz del acelerado cambio tecnológico relacionado con la robotización y digitalización de la economía.

Ese malestar con la desigualdad y con la política de austeridad derivó de forma rápida en la desafección política y el cuestionamiento del sistema tradicional de partidos. Tanto de los dos grandes partidos nacionales, el PP y el PSOE, como los que tradicionalmente habían gobernado en Cataluña y en el País Vasco, CiU y PNV.

En paralelo a esta desafección, surgieron nuevas formaciones políticas de corte populista. La expresión política del movimiento de los indignados del 15-M surgió un año después con la articulación de una nueva formación política de izquierda radical, Podemos, y otras formaciones afines en algunas comunidades autónomas y en las grandes ciudades, como fue el caso de Barcelona. Todas estas formaciones políticas reivindicaron la dimensión social de la crisis.

En Cataluña, el malestar con la desigualdad y la austeridad tuvo un giro inesperado hacia el componen-

te identitario con la aparición del movimiento independentista. Su impulsor fue la Asamblea Nacional Catalana, un movimiento sociopolítico nacido en los bordes de los partidos catalanistas y nacionalistas tradicionales, pero con gran influencia sobre ellos. Su creación tuvo lugar simultáneamente con la aparición en Cataluña de los nuevos partidos de izquierda radical que acentuaban la dimensión social de la crisis. Sin duda, el independentismo catalán representa el mayor reto político para el Estado español.

Todos estos factores han hecho que España sea hoy un país sin contrato social. En lo que sigue trato de entender las causas que fueron creando el estado de cosas que desembocó en este resultado. Como veremos, las visiones cosmopolitas dogmáticas de la globalización y del euro que defendieron los partidos socialdemócratas los cegaron para ver la desigualdad que estaban creando y responder a tiempo. En el caso de España, las élites políticas de la democracia, en particular los gobiernos del PSOE, dimitieron de su responsabilidad de liderar políticamente la modernización y dejaron esa tarea a la «disciplina» externa de los mercados financieros y de las instituciones europeas.

El resultado final de todo este cóctel de factores se resume en que España es hoy un país sin contrato social.

## LO QUE LA CRISIS DEJÓ AL DESCUBIERTO

De la misma forma que ocurre cuando baja la marea, que descubre lo que la pleamar esconde, la crisis financiera internacio-

nal de 2008 y la gran recesión económica que la siguió dejaron al descubierto algunos aspectos peligrosos que habían estado ocultos durante la fase de expansión de la economía, desde finales de los años noventa. El más perturbador, para lo que aquí me interesa, es la cuestión distributiva. Es decir, la creciente e intensa desigualdad de ingresos y de oportunidades que ha ido apareciendo desde la década de 1970. Este problema distributivo es, a mi juicio, la raíz profunda del malestar social y de las convulsiones políticas que estamos viendo en nuestras sociedades. Asociado a ese problema distributivo vino el problema del sobreendeudamiento de los hogares. De hecho, el endeudamiento fue una forma temporal de compensar los ingresos que no venían de los salarios. Conviene, por tanto, pararse un poco a analizar las dimensiones de este problema distributivo.

Tras varias décadas de crecimiento continuado de los salarios reales y de su participación en la renta nacional de los países desarrollados que siguieron a la Segunda Guerra Mundial y a los acuerdos de Bretton Woods, a partir de los años setenta los salarios reales comenzaron a caer de forma continuada, hasta el momento presente. La participación de los salarios en la renta nacional se redujo en todos los países, aunque fue más acusada en los países grandes. La reducción ponderada fue de unos 10 puntos del PIB en los últimos 30 años.<sup>1</sup> Un desplome realmente muy intenso. Además de aumentar la desigualdad entre salarios y beneficios, aumentó también la desigualdad dentro de la escala salarial, entre salarios altos y bajos. Esta ha sido una tendencia general en las economías desarrolladas. Pero ha alcanzado en España una especial intensidad. España, junto con Portugal, es el país donde los trabajadores han soportado mayores recortes

1. L. Karabarbounis, y B. Neiman, «The global decline of the labor share», *Quarterly Journal of Economics*, vol. 129, n.º 1, Oxford University Press, junio de 2013, pp. 61-103.

de sus salarios reales durante la crisis. Del orden del 10 % entre 2009 y 2014.

El efecto de esta caída de los salarios sobre los ingresos de los hogares ha sido muy intenso, especialmente en la parte baja de la escala de ingresos. Es decir, en los hogares de renta media baja y baja, que es donde está la pobreza. Un reciente estudio de McKinsey Global Institute,<sup>2</sup> llevado a cabo en 25 países desarrollados, señala que entre el 65 y el 70 % de los hogares vieron como los ingresos procedentes de los salarios y de las rentas del capital se estancaban o caían entre 2005 y 2014. Eso significa que, en el conjunto de estos países, unos 580 millones de personas han visto empeorar tanto su situación absoluta como en relación al 25 % de los hogares que han mejorado sus rentas comparadas con las que tenían en 2005. Algo va mal con el capitalismo y los salarios. La distribución de rentas producidas actualmente por los mercados es claramente perjudicial para las clases medias y bajas.

La significación de este desplome de las rentas sufrido por casi dos tercios de los hogares es extraordinaria. Tanto en términos económicos y sociales como políticos. Cuanto mayor es la desigualdad, las economías de mercado se vuelven más inestables, menos eficientes y el crecimiento es de peor calidad. Los indicadores sociales de todo tipo, incluidos los resultados escolares, son peores en países con mayor desigualdad. Y lo mismo ocurre con los indicadores de funcionamiento de la democracia. Esto es así porque la desigualdad actúa como un disolvente del pegamento que toda sociedad liberal con economía de mercado necesita para funcionar armoniosamente.

De entre los países desarrollados, España es el país que tiene unos mayores índices de desigualdad. Este rasgo viene

2. McKinsey Global Institute, *Poorer than their parents? A new perspective on income inequality*, julio de 2016.

de antes de la crisis. Pero se ha acentuado de una manera extraordinaria a lo largo de la recesión. La desigualdad en la distribución de la renta y la pobreza han empeorado de forma más intensa en España que en el resto de los países de la Unión Europea. Medida con el índice de Gini (que toma valor 0 cuando la renta está distribuida de forma igualitaria y valor 1 cuando toda la renta se la queda una sola persona), en 2013 el índice de España era de 0,35, el mayor de todos los países europeos con la sola excepción de Lituania. Pero, mientras en este país la desigualdad no ha aumentado en los años posteriores, sí lo ha hecho en España.

El empeoramiento de la distribución de la renta y la pobreza en España en relación con el resto de los países europeos es un hecho singular y enigmático. La distancia entre ricos y pobres ha crecido más en España que en ningún otro país europeo. Si medimos la desigualdad como la diferencia entre los ingresos del 10 % más rico de la población y los del 10 % más pobre, en el período 2018-2012 esa diferencia aumentó 1,9 puntos en España. Es el mayor aumento de todos los países europeos. En la mayoría de los países, esa diferencia entre ricos y pobre no aumentó o lo hizo por debajo de 0,5 puntos. Y en alguno de ellos no aumentó (Francia, Finlandia) o disminuyó (Alemania, Holanda y el Reino Unido). La comparación con lo ocurrido con Lituania es significativa, dado que, como acabo de señalar, es el país de la Unión Europea más desigual, junto con España.

Al fijarnos en la distribución de salarios dentro de las empresas hay también un dato que no deja de sorprender. España es uno de los países en el que se dan mayores diferencias entre los ejecutivos que más cobran y el sueldo de un trabajador medio, solo por detrás de Estados Unidos y Canadá. En Estados Unidos, esa diferencia es de 354 veces. En Canadá, de 206. En España, de 127. En países como Francia (104), Reino Unido, Suecia y Holanda, esas diferencias son mucho más reducidas. No es extra-

ño, entonces, que sea en Estados Unidos y en España donde más ha aumentado la desigualdad. En este terreno, nos comportamos como anglosajones honorarios.

La desigualdad española no ha venido de su crecimiento por arriba, sino del desplome de los ingresos de los hogares más pobres. El aumento de la pobreza es uno de los rasgos más dañinos de la crisis. Cada vez hay más parados sin cobertura; los llamados «nuevos pobres», personas con un empleo pero con salarios que no permiten llegar a fin de mes ni tener una vida digna, se incrementaron; la marginación social, tanto la exclusión moderada como la severa, va en aumento y la población que se considera plenamente integrada en la vida social se ha reducido a solo un tercio de la sociedad.<sup>3</sup>

Un aspecto particularmente preocupante es el de la pobreza infantil (entre 0 y 17 años). La falta de alimentación en la infancia afecta de forma permanente al desarrollo intelectual. Esa pobreza alcanzaba en 2012 a un tercio de la población. Y sigue creciendo como consecuencia del aumento del número de hogares sin ingresos, que se ha más que duplicado durante la crisis. La cara más amarga de la desigualdad es el aumento de la pobreza del 20 % de hogares con menores ingresos.

Como vemos, está claro que la crisis es, fundamentalmente, un problema de distribución de la renta.

### EXCLUSIÓN FINANCIERA DE LOS POBRES

La desigualdad de ingresos tiene también otra dimensión de la que se habla poco pero que es muy importante socialmente. Es la creciente exclusión financiera de los más pobres. Es decir, su ex-

3. R. Flores Martos (coord.), *La transmisión intergeneracional de la pobreza: factores, procesos y propuestas*, Foessa, Madrid, 2016.

pulsión del crédito bancario y de la posibilidad de tener acceso a una cuenta bancaria. La importancia de este hecho no puede ser minusvalorada. La inclusión financiera ha sido a lo largo de la historia contemporánea uno de los mecanismos más poderosos para la erradicación de la pobreza y el crecimiento de la economía. El acceso al crédito es como un puente entre el presente y el futuro. El acceso a una cuenta bancaria y al crédito es un elemento básico para el ejercicio de la ciudadanía. Y más aún en una economía que avanza rápidamente hacia la digitalización de todos los aspectos de la vida cotidiana. El nacimiento de las cajas de ahorro tuvo como finalidad la inclusión financiera de los pobres. Ahora la quiebra de muchas de ellas está revirtiendo ese avance.

El proceso en curso de exclusión financiera de los pobres viene de dos factores. Uno es el efecto de las quiebras de algunas cajas de ahorro con fuerte implantación en zonas pobres, con su secuela de fusiones y cierres de oficinas. Otro, son las consecuencias de los desahucios y de la tendencia de muchos bancos a desprenderse de la cartera de clientes en mora hipotecaria.

La quiebra de algunas cajas y su absorción por otras instituciones bancarias ha provocado un intenso proceso de cierre de oficinas bancarias. Este proceso ha tenido lugar especialmente en zonas rurales y de pequeños pueblos a lo largo de la geografía española. Pero también en los barrios más pobres de las grandes ciudades. En España hay en este momento 8.117 municipios y el 48 % no cuenta con ningún tipo de sucursal. La mitad de los pueblos de España ya no tiene banco. Alrededor de 1,13 millones de ciudadanos no tienen acceso a una oficina en su lugar de residencia, cerca del 20 % más que antes de la crisis. Son el 2,4 % de la población. Entre 2008 y 2015, los lugares donde más gente se ha quedado sin este servicio están en las provincias de Barcelona, Tarragona, Madrid y Valencia. No obstante, la mayor exclusión financiera se produce en Zamora, Ávila, Burgos, León



y Palencia.<sup>4</sup> Estos datos revelan una situación muy desconocida que afecta a los hogares con menores ingresos.

Esta exclusión financiera tiene, además, efectos colaterales importantes. Complica la vida de los pueblos y favorece el éxodo rural. Aunque la banca *online* pueda paliar en parte los efectos de los cierres de las oficinas, el hecho de que la población más pobre utilice menos internet dificulta su actividad. En Galicia, sólo el 37 % de las personas utilizan internet para sus relaciones financieras, igual que en Asturias. En Castilla y León y otras zonas como Murcia, Castilla-La Mancha y La Rioja, estos porcentajes son aún menores.

La banca comercial minorista tiene rasgos de servicio público, como el suministro de electricidad o de agua. La exclusión de estos servicios agudiza la pobreza e impide el ejercicio de la ciudadanía. Las empresas que proveen estos servicios no pueden desprenderse de sus clientes pobres, es decir, no pueden practicar el «descreme» de la actividad, consistente en quedarse con los clientes ricos. Este proceso de reducción de oficinas, junto con el de concentración bancaria que conlleva, además de significar una pérdida de bienestar importante para las familias al reducir la competencia es también un obstáculo para la eficiencia de la economía.

Hay otra dimensión social de la crisis financiera y de la concentración bancaria que no puede pasar desapercibida. La desaparición de muchas cajas de ahorro y la conversión de las que han quedado en bancos han conllevado la desaparición casi total de la obra social de las cajas, con algunas excepciones significativas. Las actividades de las obras sociales eran como una especie de segundo Estado de bienestar para la vida social y cultural de muchos territorios y barrios pobres de grandes ciudades. Ahora

4. J. Maudos (coord.), «El futuro del sector bancario español tras la reestructuración», *Mediterráneo Económico*, vol. 29, marzo de 2017.

han desaparecido, lo que afecta a la cohesión social y a la propia legitimidad social de las instituciones financieras.

La exclusión financiera de los pobres ha tenido otra vía de acción. La mayoría de los bancos han buscado desprenderse de sus carteras de clientes morosos hipotecarios vendiéndolas a fondos de inversión o cediéndolas a la Sareb, el «banco malo» público al que los bancos y cajas han transferido los activos inmobiliarios de mala calidad. De hecho, esto ha significado desprenderse de los clientes pobres y provocar su exclusión financiera. En la medida en que lo han hecho, no están cumpliendo con la función de servicio público de la banca. Función social que es la que justifica los privilegios de apoyo público —llegando a su rescate— de los que no goza ningún otro sector de la economía. Solo, hasta donde conozco, una institución bancaria ha decidido gestionar directamente su cartera de clientes morosos hipotecarios pobres. Se trata del Banco Sabadell. Su programa de ayuda al alquiler asequible y acompañamiento a la búsqueda de ingresos y de empleo es como un contrato social del banco con sus clientes más vulnerables.

La práctica del desahucio de las familias que se habían quedado sin ingresos por el paro llevada a cabo por los bancos en el primer momento de la crisis, y la falta de sensibilidad y capacidad de respuesta del Gobierno fueron elementos muy poderosos de malestar social. La crisis nos dejó ver que España no tiene los mecanismos e instituciones de «segunda oportunidad» que existen en todos los países desarrollados y que permiten a las familias buscar la protección legal para mantener la vivienda en situaciones de falta de ingresos derivada de eventos que ellos no controlan, como es el caso de una crisis económica y del paro. A diferencia de las empresas, que tienen una legislación de quiebras que les permite buscar un acuerdo con sus acreedores en situaciones de crisis, las familias carecían en España, en los inicios de la crisis, de una legislación de ese tipo a la que acogerse para

negociar con los bancos. El surgimiento de plataformas sociales antidesahucios fue la respuesta social a esa carencia y falta de sensibilidad del Gobierno y los partidos para afrontar esa situación. De hecho, de esas plataformas salieron algunos líderes sociales que posteriormente se convertirían en promotores de las nuevas organizaciones políticas que surgieron después de la revuelta popular de los indignados del 15 de mayo de 2011. Este hecho es un buen indicador de cómo la exclusión financiera asociada a la falta de respuesta política a la morosidad hipotecaria fue un caldo de cultivo para el malestar social y la emergencia de nuevas formaciones políticas de izquierda.

La exclusión financiera de los pobres y de las personas que viven en zonas rurales alejadas es hasta ahora un problema olvidado de la política pública. El sentimiento de abandono que experimentan estas familias contribuye a debilitar el contrato social. La democratización de las finanzas debería incorporar como un objetivo prioritario evitar la exclusión financiera de los pobres.

#### LA ANSIEDAD CON LA DESIGUALDAD FUTURA

Hasta ahora me he referido a la desigualdad y a la pobreza que la crisis ha dejado al descubierto. Pero el malestar social y el caos político que estamos viendo no vienen solo del malestar de aquellos que podríamos llamar los perdedores de la globalización y de la crisis. Hay también otro componente más intrigante detrás de ese malestar. Se trata de la ansiedad de los que, aun teniendo buenos ingresos y un trabajo decente, tienen miedo a perderlos.

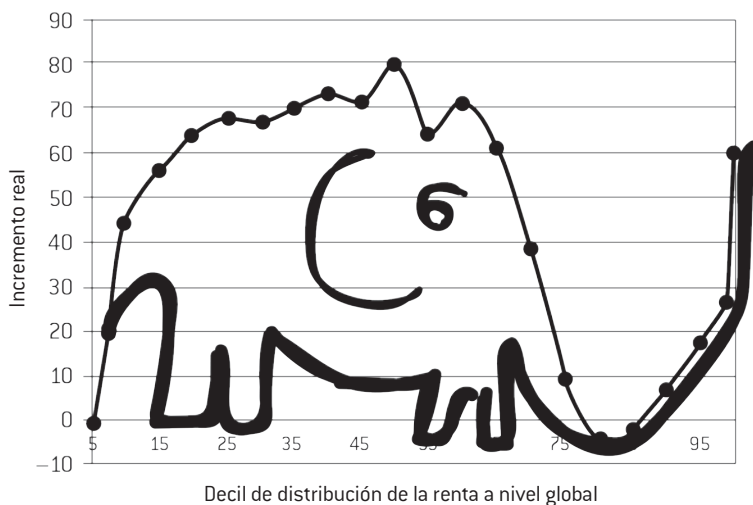
Esta ansiedad ante la desigualdad futura ayuda a explicar el hecho en principio sorprendente de que el voto a las formaciones populistas, ya sea de derechas o de izquierdas, no viene solo —ni en ocasiones principalmente— de los parados y de los perdedores. Se alimenta también del voto de las clases medias y medias

altas acomodadas. Detrás del *brexít* en el Reino Unido, de Donald Trump en Estados Unidos y del aumento del voto a dirigentes populistas como Marine Le Pen en Francia se encuentra esta ansiedad de las clases medias y media alta de los países desarrollados. Estos grupos sociales acomodados han visto, por un lado, como sus ingresos se han estancado o caído pero, por otro, sus expectativas de mejora, su empleo y sus niveles de vida actuales están amenazados por las consecuencias del cambio técnico basado en la rápida robotización y digitalización de la economía. Esta ansiedad frente a la desigualdad futura que puede venir del acelerado cambio técnico es un factor importante a la hora de explicar las convulsiones políticas y el apoyo al populismo.

Este argumento encuentra apoyo en una reciente publicación de Branko Milanovic,<sup>5</sup> uno de los mejores expertos en estudios de desigualdad. En uno de los libros más influyentes tras ser publicado en 2016, estudia la evolución de los ingresos por tramos de renta a nivel global entre 1998 y 2008. Al proyectar en un gráfico cómo ha evolucionado la tasa de crecimiento de las rentas de cada uno de los diez grupos (decil) de la distribución de la renta a nivel global, el gráfico que resulta tiene el perfil de un elefante. La cola son los deciles inferiores, que han visto como el crecimiento de sus rentas se ha estancado o reducido. La grupa representa la tasa de aumento de ingreso de los grupos de renta media de los países emergentes. El cuello representa la caída de las tasas de crecimiento que han experimentado las clases medias de los países desarrollados. Por último, la trompa levantada representa la mejora que han tenido el uno por ciento de renta muy alta de los países desarrollados y de los emergentes. A este gráfico se lo conoce como «el elefante de Milanovic».

5. B. Milanovic, *Global inequality: A new approach for the age of globalization*, Harvard University Press, Massachusetts, 2016.

Figura 1. EVOLUCIÓN DE LA DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA A NIVEL GLOBAL  
(CALCULADO EN 2005 Y EXPRESADO EN DÓLARES) ENTRE 1988 Y 2008



FUENTE: «Globalisation and Milanovic's elephant», Michael Roberts Blog.

La interpretación del gráfico del elefante de Milanovic tiene elementos polémicos. Pero nos permite ver dos hechos importantes sobre la evolución de la desigualdad que se han producido coincidiendo con la fase de globalización. El primero es que la desigualdad a nivel mundial ha disminuido durante la fase de la globalización. La causa ha sido la reducción de la pobreza en los grandes países emergentes, en particular en China, y la aparición de nuevas clases medias en esos países emergentes que han visto cómo sus ingresos crecían durante las dos últimas décadas a un ritmo rápido. El segundo rasgo es que han sido las clases medias del mundo rico las que han experimentado el mayor estancamiento e inclusive descenso de sus ingresos, durante el período previo a la crisis de 2008. Aunque no está claro si la causa ha sido la globalización o las políticas internas (impuestos, beneficios, salarios, vivienda, finanzas). En cualquier caso, son los «perde-

dores». Para Milanovic, este hecho tiene una gran significación social y política a la hora de explicar el malestar social y político en las sociedades desarrolladas, como la nuestra.

El hecho de que este grupo social de clases medias tenga en las sociedades democráticas avanzadas una elevada capacidad de expresión de voz política le da un protagonismo destacado en el malestar social y en las convulsiones políticas que estamos viendo. Tradicionalmente, su voto se dirigía a los partidos liberales de centro derecha y a los de centro izquierda socialdemócrata. Su malestar con la distribución les estaría haciendo desplazarse ahora hacia opciones más populistas de derecha o de izquierda, dependiendo de las circunstancias de cada país. Por lo tanto, la revuelta populista no viene exclusivamente de los que podríamos llamar «perdedores» directos de la globalización y de la crisis, sino también de grupos sociales de rentas medias y altas que están viviendo con ansiedad el estancamiento de sus niveles de vida y la expectativa de empeoramiento futuro. Esto parece ser coherente con la composición del voto que ha apoyado el *brexit*, a Donald Trump y a otros líderes y formaciones populistas en otros países.

Es la desigualdad actual en la distribución de la renta y la riqueza y también las expectativas de su aumento en el futuro lo que a, mi juicio, está impulsando la emergencia de los populismos políticos. Las clases medias eran el principal soporte de los partidos socialdemócratas de centro izquierda. Estos grupos sociales, en la medida en que están viendo recortados sus ingresos y, especialmente, sus expectativas de mejora, han retirado el apoyo a los partidos socialdemócratas y, en menor escala, a los liberales conservadores. Lo que hay de común en las sociedades desarrolladas no es tanto el populismo, que lo hay de derecha y de izquierda, como la pérdida de relevancia política de la socialdemocracia. Este fenómeno, común a todos los países, parece estar muy vinculado a lo que nos dice el elefante de Milanovic.